

1

—Tenía diez años la primera vez que mi padre me permitió empuñar su espada.

—Demasiado mayor —lo interrumpió el príncipe, que luego se llevó un trozo de pan a la boca y le dio un mordisco furioso. Inmediatamente después cogió la copa de vino y tomó un gran trago para mezclarlo todo en la boca. Se limpió la gota que se le escurría por la barbilla con el extremo de la túnica y lanzó al suelo el pedazo de pan que quedaba en el plato para que el perro parara de fastidiarlo—. Tenía yo seis o siete cuando dejé de jugar con las espaditas de madera —agregó presumiendo—. Hay que acostumbrarse pronto al peso y al filo, hacerse fuerte.

Este tipo será rey algún día, dijo Alcides para sí mismo mientras lo observaba, comprobando que los rumores que lo dibujaban como un borracho bruto y simplón tenían algo de verdad. Sonreía con esa ingenuidad boba que tienen los hombres jóvenes, convencido de que demostraba fuerza con el alarde.

—Verás, no es la espada lo que importa —aclaró Alcides, intentando enseñarle algo—, sino el escudo.

—Ya, ya, eso ya lo sé —se jactó el joven otra vez—. Epaminondas lo repite y lo repite —adujo con tono burlón, imitando una boca parlanchina con la mano.

—Es cosa seria la guerra —lo reprendió Alcides.

—¡No me digas! —exclamó el otro de forma sarcástica—. ¿De verdad?

Lo dicho, un bruto y un simplón. Igual que hablarle a una pared. A pesar de ser un crío y un idiota, guardaba una tran-

quilidad de quien se siente instruido, de quien se sabe superior a su interlocutor. Él era un príncipe; Alcides, nadie, un soldado veterano y poco más.

Unas cuantas veces lo había visto a lo lejos en el salón de banquetes, tratándose como iguales con la más alta clase tebana, a pesar de su corta edad; podía verse que a nadie le caía en gracia y que a él eso poco le importaba. Los soldados tomaban como una ofensa que Epaminondas le permitiera entrar en el recinto sagrado para ver los ejercicios que hacía el Batallón. De vez en cuando se aproximaba al estratega para exigirle explicaciones sobre lo que estaban practicando o para hacerle alguna observación. Aun así, se pasaba casi todas las horas del día lejos, en el hipódromo, trabajando con sus caballos; despreciaba las prácticas del ejército tebano, diciendo que le aburrían, jactándose de saber casi todo lo que entrenaban, llamándolas inútiles y ridículas a plena voz. No pasaba desapercibido porque, además de ser ruidoso, iba sucio y desaliñado, con esas barbas de púber entre rubias y rojas y poco cuidadas, como las llamas de una fogata mal hecha, y porque se juntaba con los señores de peor reputación para ir de fiesta en fiesta. Gozaba de un privilegio obsceno entre las gentes nobles de la ciudad, por lo que podría decirse que era libre de hacer lo que le viniera en gana y de ofender a todo aquel que tuviera delante sin sufrir consecuencia alguna.

—Es un rehén aquí en Tebas, aunque no lo parezca —le explicó uno de los soldados a Alcides—, un príncipe bárbaro de Macedonia, su futuro rey, si puedes creerlo. Epaminondas dice que lo va a convertir en un guerrero. En lo único que se está convirtiendo es en un borrachuzo y un juerguista.

Ni media palabra había cruzado con él Alcides cuando uno de sus esclavos se le acercó en el comedor para invitarlo a cenar.

—¿Conmigo? ¿Quiere cenar conmigo? —preguntó sorprendido—. No lo conozco de nada, ni él a mí.

—Te equivocas —explicó el esclavo—. Él sí te conoce, y quiere conocerte mejor. Eres un guerrero con muy buena fama, un soldado muy distinguido, y mi señor querría discutir contigo el arte de la guerra. Te guarda una gran admiración. Mañana, cuando abran el salón para que los jefes y estrategos puedan pasar a comer, te estaré esperando. Yo te llevaré. Cenaréis solos tú y él.

La curiosidad y sus pocas ganas de ofender al principito macedonio lo obligaron a aceptar la oferta. A los pies de la estatua de Heracles se aseaban los soldados cada tarde después de hacer gimnasia, en unas enormes tinas de madera que se llenaban con agua para que pudieran refrescarse y quitarse la tierra de la piel. Todavía estaba Alcides escurriéndose los cabellos para terminar de secárselos, caminando hacia el palacio en el centro de Cadmea, cuando se encontró al mismo esclavo en la puerta de la explanada que conducía al patio.

Sin decir mucho, le pidió que lo siguiera. Muy cerca de allí, tras un corto paseo, llegaron hasta las puertas de un pequeño palacete. Cruzaron el diminuto jardín que precedía a la entrada principal y caminaron hasta el patio central, desde donde subieron una escalinata y atravesaron el umbral de una habitación cálida y de suelo arenoso, alumbrada por unas cuantas lámparas de aceite. El hombre le indicó que se sentase en unos cojines, frente a los cuales comenzaron a servir el vino y la comida. Filippo entró a toda prisa, tirando hacia arriba de una túnica repleta de manchas de vino que se le resbalaba por los hombros a cada paso torpe que daba. Se dejó caer sobre las almohadas al otro lado de donde estaba todo servido; no miró a su invitado hasta no haber saludado al perro, que le puso las patas sobre los hombros y le lamió todo el rostro.

—Alcides es tu nombre —dijo Filippo observando la comida más que a su invitado.

—Así es —contestó este, levantándose para hacer luego una reverencia—. Agradezco que me invites a tu casa.

—Claro, claro —afirmó el príncipe acomodándose y empezando a comer—. Vuelve a sentarte, anda. Come, bebe —ordenó señalando la cena—. Epaminondas... —masculló, e hizo una pausa larga para poder masticar lo que parecía su primer bocado en meses—. Epaminondas es un tipo listo. Se rodea de gente sabia. No pierde el tiempo con idiotas. Por eso supuse que tú no podías ser un idiota, aunque nunca tuve muy claro quién eras, o qué sabías que él pudiera necesitar. Ya veo qué es.

—Por supuesto —contestó Alcides aceptando el halago, aunque sin saber realmente de qué estaba hablando el macedonio.

—Quiero que me hables de ello. Quiero que me lo cuentes todo.

—¿Decelia? ¿Egospótamos?

—¿Egospótamos? ¡No, por los dioses! Tengo aquí al pesado de mi maestro aburriéndome con las guerras de Atenas y Esparta. Un montón de griegos tontos luchando. No te he traído para que me aburras tú también.

Del halago al insulto. Se había enderezado las ropas para absorber el cumplido y ahora se las estaba sacudiendo para que se le escurriera la injuria de semejante sujeto.

—A diferencia de tu maestro, yo estuve en Egospótamos.

—Tú y otros más —dijo Filipo encogiéndose de hombros, al tiempo que mordía el cordero como si no le supiera a nada—. Poco tengo que aprender de eso. Y poco aprendiste tú, creo yo. Poco que pueda servir, al menos.

—De todo he aprendido. Todo sirve. Lo nuevo se va añadiendo a lo anterior hasta llegar al hombre que soy hoy.

—Unas cosas añaden más que otras. Y no son lo mismo para todos los hombres. Tú perdiste en Egospótamos. He conocido a otros que ganaron allí, espartanos. De unos y de otros he aprendido, por lo menos lo que me interesa saber. ¡Está todo dicho! Ya nada se puede sacar de ahí que sirva en batalla.

—¿Qué crees que puedes aprender de mí, entonces? —preguntó Alcides perdiendo la paciencia, haciéndole ver que no lo consideraba otra cosa que un tontuelo.

—Persia —contestó Filipo con fuerza, bajando los brazos y alzando la cabeza, mirando a Alcides a los ojos por primera vez—. Quiero que me hables de Persia. Eres uno de los Diez Mil, ¿o no?

¿Cómo lo sabía? Salvo por tres o cuatro ocasiones, apenas lo había mencionado en público. Eran años y años sin siquiera pensar en eso. Algo en la forma en la que se lo pidió el príncipe lo sorprendió y lo sobrecogió.

—¿Qué se puede decir de Persia que sirva en el campo de batalla?

—Más que de Egospótamos, créeme. Apuesto a que Epaminondas nunca te ha preguntado por la Guerra del Peloponeso y sí por Persia.

—Bueno, eso es porque yo le hablo de ello sin que me lo pida. Pero es verdad que alguna vez me ha preguntado por Persia —dijo Alcides meditándolo—, aunque eso es porque es una historia famosa. Es buena para echar a andar la imaginación y para poco más.

—De la imaginación nace todo este juegucito ridículo del Batallón Sagrado —argumentó Filipo—. ¿De dónde crees si no? Lo del Peloponeso son griegos tontos haciendo sus cosas de griegos tontos. La guerra ya no es así.

—Tampoco es como lo que pasó en Persia. Eso no fue una guerra. Eso fue... fue una huida. Poco hay de Persia que sirva a Epaminondas y al Batallón Sagrado. Epaminondas vive obsesionado por la formación y por nada más.

—¡Y bien que hace! —gritó el joven como si hubiera escuchado la respuesta a una pregunta que ya conocía.

—De formación hubo poco en Persia —remarcó Alcides—. Lo que hubo fue caos. En la guerra hay orden, hay honor. Se ponen unas reglas y con esas reglas se juega. Tú y yo frente a frente y que gane el más listo.

—Las reglas en la guerra son estúpidas —remató Filipo. Por ímpetu o imprudencia, o sencillamente por su falta de educación y modales, Filipo se las ingeniaba para ser desagradable cada vez que podía—. Van a cambiar —se explicó tras escuchar sus propias palabras—. Yo las voy a cambiar.

—Tú —respondió Alcides con sarcasmo, entrando en confianza, para después darle un sorbo al vino.

—Si no yo, alguien más. En Persia hubo caos, dices. De eso quisiera yo saber. Cuando cambien las reglas, van a desaparecer muchas. En el caos vamos a tener que luchar.

—Fue más que caos. Fue... —Le llegó a la mente con una claridad agobiante el color de la arena del desierto y el dolor por el viento echándosele en los ojos, el golpe del sol, el ardor de la nieve fría bajo los pies desnudos, las aguas inmisericordes del río...—. Dolor —concluyó, escapando de su visión—. Fue mucho dolor.

—Yo creo que sí que podría decirse algo sobre la formación. Por lo que me han contado, fue una buena formación la que os salvó de ese dolor.

—Yo no diría eso exactamente —lo contradijo Alcides.

—¿Qué dirías, entonces? —preguntó Filipo. Sus ojos cambiaban de forma. Era un bárbaro macedonio, de eso no había ninguna duda, pero de vez en cuando sus párpados se abrían enormes y revelaban la mirada de un hombre que escondía una inteligencia voraz—. Habla. ¿Qué dirías?

—¿La verdad? Me acuerdo más de los hombres que de la formación. Conforme pasa el tiempo, menos me acuerdo de la estrategia y más de las personas con las que compartí esa aventura. La improvisación de algunos de ellos nos salvó el pellejo muchas veces. Cierro los ojos y aún puedo ver sus rostros con claridad.

—Cuéntame la historia. Cuéntamela entera. No omitas ningún detalle. Aunque creas que es evidente y que probablemente yo lo sepa, no lo omitas. Quiero saberlo todo.

Ahí sentados, en la intimidad de esa sala, los hombros de Alcides se relajaron y su pecho se abrió, dejando escapar su espíritu. Guardó silencio un momento y se abandonó a que su memoria hiciera el trabajo. Sus recuerdos de aquello siempre empezaban igual, por su padre en Mileto, así que comenzó hablando sobre él y sobre la primera vez que le permitió coger su espada.

No había soltado la primera idea y Filippo ya lo estaba interrumpiendo...

—De verdad. Es cosa seria la guerra —repitió al sarcasmo del príncipe—. Poco menos de veinte años tenía mi padre cuando fue a pelear por primera vez. Un año o dos más que tú.

—Buena edad —replicó Filippo.

—Buena. Un poco menos tenía yo cuando empecé a ir. Fue él quien me convirtió en soldado, llenando mi cabeza de historias desde niño. Fue en esos años cuando me permitió tomar la espada por primera vez, aunque, como te digo, es el escudo lo que importa. Hemos aprendido tanto desde entonces... —dijo Alcides suspirando con nostalgia—. Colgábamos el escudo en medio de la estancia principal. Lo llevaba pintado de blanco y azul, con la lechuza de Atenea incrustada en bronce. Yo nunca había estado en Atenas, que es de donde era mi padre. Y él sólo vivió allí unos años durante su niñez. De joven lo casaron con una mujer de Mileto, mi madre, y tras sus primeras batallas le pagaron dándole tierras ahí. En ese entonces, Mileto tenía una adherencia ateniense fanática. Era una estupidez, pero nos hacía sentir superiores.

—Somos todos griegos —contestó Filippo agitando la mano en el aire—. Un día es Atenas, otro Esparta. Hoy ninguna de las dos ciudades importa una mierda. Ahora son estos señores de Tebas los que se creen mejores.

—Somos todos griegos —repitió Alcides, dudando de sus palabras y viendo que el propio príncipe sufría del mismo delirio, pues él no era griego, sino macedonio—. El caso es que, en esos días, por muy griegos que fuéramos, lo que de verdad nos sentíamos era atenienses. Si no de Atenas, sí de gran afiliación a ellos. Mi padre se llenaba la boca con nombres como Pericles o Nicias. La realidad es que los espartanos comprendían la guerra mejor. Entrenaban para ella, algo que ninguno de nosotros había siquiera pensado. Las ciudades de nuestro lado de Grecia obtenían a sus soldados de entre los hombres

comunes; Esparta hacía ejércitos con soldados de profesión. De eso aprendimos para hacer el Batallón Sagrado aquí, ¿lo ves? Soldados profesionales.

—Atenas comenzó ganando en la Guerra del Peloponeso, imponiendo condiciones, a pesar de ello.

—Pero porque éramos superiores en el mar. Ahí sí éramos profesionales y teníamos hombres que se dedicaban solamente a eso. Luego ellos aprendieron a navegar también y nosotros, a formar nuestros ejércitos como los de ellos. Verás, mi padre fue aprendiz de alfarero un tiempo y después trabajaba las tierras que había ganado en la guerra. Yo, su hijo, ya no fui otra cosa más que soldado. En el Ática me instruyeron para luchar, y nunca aprendí otra cosa. Aprendimos no sólo a hacer ejércitos profesionales, sino también, como ya te he dicho, a usar bien el escudo, a conocer su importancia. Aprendimos los principios básicos. Hay algo en la guerra que nos lleva a admirar a nuestros enemigos —recordó Alcides con una sonrisa, su mirada perdiéndose en el interior de sus recuerdos—. Los espartanos valoraban su escudo por encima de todas sus posesiones, algo a lo que los soldados atenienses no estaban acostumbrados. Preferían morir antes que perderlo. Se contaba que sus mujeres les decían que era mejor volver muertos sobre el escudo que sin él. Y a sus soldados los enterraban así, escudo y hombre siempre juntos. El día que mi padre llegó a casa tras su batalla en Pilos, tiró al suelo la espada que colgaba de la pared y en su lugar colocó el escudo. Nunca lo bajaba de ahí salvo cuando, a la primavera siguiente, se iba para luchar otra vez.

—Gran vergüenza para Esparta aquella batalla de Pilos —comentó Filipo hurgándose entre los dientes.

—Conoces la historia —sonrió Alcides; quizá el joven no era tan tonto como se esmeraba en demostrar—. Los atenienses construyeron una empalizada adornada con los escudos de los espartanos caídos. No sólo eso, sino que los mancillaron; dañaron las incrustaciones y tallaron en ellos toda clase de insultos y burlas. Mi padre se arrepintió toda su vida de haberlo

hecho. Fue un grave insulto, y no fue olvidado hasta el final de la guerra.

—¿Qué edad tenías tú cuando fuiste llamado a luchar?

—Dieciocho o diecinueve años. Durante el período de paz se me instruyó, mientras era un muchacho. Irónicamente, fue en tiempos de paz cuando me convertí en soldado. Luego el conflicto empezó otra vez y fui a la guerra para ser derrotado. Fue cuando estuve en Decelia, en Egospótamos, cuando Esparta se impuso definitivamente.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Cincuenta y siete años. Ha pasado mucho tiempo —suspiró Alcides otra vez.

—Veintitrés cuando fuiste a Persia a luchar —dijo Filipo mirando hacia el techo, haciendo cuentas.

—Veintidós —contestó Alcides, sorprendido por lo rápido que había hecho Filipo el cálculo—. Es difícil explicar lo mucho que espartanos y atenienses nos odiábamos en ese entonces, a pesar de haber llegado a la paz. Nos odiábamos a muerte, y eso que habíamos aprendido mucho unos de otros. Desde niño aprendí a odiarlos para luego matarlos en batalla. ¿Quién diría que unos años después estaríamos luchando juntos, hombro con hombro? Diez mil hombres de Grecia, de todas partes, todos soldados, hombres que nos habíamos encontrado en la guerra frente a frente y que ahora combatíamos a las órdenes de un señor extranjero, adentrándonos en tierras inexploradas. En Persia.

—Eso es lo que me interesa saber —dijo Filipo inclinándose hacia delante—. Todo lo otro ya lo sé. Quiero que me hables de Persia. Cuéntame la historia de los Diez Mil, Alcides. No omitas ni un solo detalle.

—Sigo pensando que hay poco que se pueda transportar al campo de batalla.

—Eso ya lo juzgaré yo. Además, todo depende del objetivo que se tenga en mente.

—¿Qué objetivo se podría tener para sacar algo que no fuera mero entretenimiento de esta historia? Te aseguro que te interesas por poca cosa.

—El objetivo podría ser invadir Persia.

—¿Invadir Persia?

—Conquistar Persia —corrigió Filipo.

—Imposible.

Alcides se detuvo un instante para reflexionarlo. ¿Lo obligaba esto a cambiar el relato? Nunca había pensado en algo así cuando hablaba de lo que pasó. En sus recuerdos todo era confusión. Confusión, dolor y miedo. Volver como conquistador, pero ¿cómo? De los alardes del joven ese era el peor de todos.

—Imposible —repitió—. Si algo podrás ver con mi historia es que eso es imposible. La extensión de una tierra que parece que nunca acaba. De verdad, un imperio en el que podríamos meter a toda Grecia y Macedonia muchas veces. Y los elementos. El terreno que es tan complicado. Cuando dejas de estar en riesgo de morir ahogado, estás en riesgo de hacerlo congelado, o abrasado por el sol. ¡Y las gentes de allí! Bárbaros hostiles en cada pueblo, todos ellos con más cualidades para la guerra de lo que ningún griego imaginaría. Cualquier cosa que te diga sobre Babilonia será insuficiente para que te hagas una idea de la clase de ciudad que es. Cualquier río que hayas visto es un arroyo comparado con el Tigris y el Éufrates. No —concluyó riendo con suavidad—. Imposible. Verás que es imposible. Verás que no hay ejército en el mundo capaz de conquistar un imperio así.

—O quizá vea todo lo contrario.

—Debo advertirte que no soy un gran narrador, Filipo. No soy un poeta. Ni siquiera sé leer. No sé recitar como he visto a otros hacerlo. No puedo sacar grandes conclusiones, ni hacerte un plan de invasión. Sólo puedo contarte las cosas como las recuerdo, y lo que más recuerdo es no enterarme de casi nada, como si hubiera sido una oveja llevada a patadas por su pastor.

—Vamos, vamos..., cuéntame. Lo otro déjame a mí. Cuéntame todo lo que recuerdes.

Así que se lo cuenta. Lo primero que viene a su cabeza es siempre el sonido del oleaje y el olor a mar, las paredes de pie-

dra fría de su casa, las colinas alrededor de Mileto y la emoción de ver a su padre volver de la guerra, el filo violento de su espada. Se lo cuenta, pues, se lo cuenta como se lo ha contado a sí mismo cientos de veces.

2

Tenía diez años la primera vez que mi padre me permitió empuñar su espada.

Cuando nací, ya vivíamos en la finca a las afueras de Mileto. No se puede decir que fuéramos ricos, a pesar de contar con tres o cuatro hombres que desmalezaban el recinto, trabajaban los dos campos de verduras y cuidaban de las gallinas y de tres cabezas de ganado; teníamos, además, un caballo y una esclava dentro de casa con la que mi madre y mi tía se ayudaban para tener todo aseado, los alimentos preparados y el altar de Ate-neo limpio y encendido.

Éramos todos jonios y por eso mismo amábamos el mar. No era una casa enorme, aunque estaba en lo alto de una media colina a la que el sol calentaba todo el día; desde la ventana del cuarto en el que llegué al mundo se veía una sábana azul brillante que se extendía hasta el horizonte, y se escuchaban unas olas que rompían contra los escarpadísimos acantilados de piedra marrón. Estábamos tan cerca del mar que el medio muro alrededor de nuestras tierras existía solamente para evitar que los animales se escapasen y se despeñaran. Las mañanas olían a hierba mojada y las tardes, a las especias que hervían en los pucheros y al pan que se horneaba junto al establo.

No éramos ricos, en absoluto, pero lo parecíamos. Yo nací en un día de invierno, un día que padre estaba en casa para recibirme y olerme y levantarme en el aire; se alegró mucho al saber que era varón. Mi tía contaba que no le entusiasmaba especialmente la llegada de su primer hijo, pero que le hizo

bien estar ahí para mi nacimiento. Decía que sonrió al conocerme y que se reía al ver lo pequeño y frágil que era. En ese momento, las mujeres de la casa no lo sabían, él sí: la economía de la familia estaba abocada al fracaso.

Y es que, verás, ninguna de nuestras riquezas venía de vender leche o huevos u hortalizas, por supuesto que no. Mi padre llevaba un tiempo intentándolo, sólo que, de todo el esfuerzo de cultivar, ordeñar y comerciar, apenas salía para echarle paja al caballo. Se trataba de una simple casualidad que mi padre estuviera en casa cuando yo nací. No sé si me habría querido igual si hubiera nacido en primavera u otoño. Primaveras y otoños no hay en toda Grecia como en Mileto, y no recuerdo una sola de esas temporadas en la que él estuviera ahí. Nací, claro está, en tiempos de guerra, y los ingresos venían, obviamente, de las pagas y los repartos que se hacían desde Atenas tras las batallas. Pagas que, por cierto, en los últimos años se habían hecho más pequeñas.

Creo que la primera vez que me permitió empuñar su espada fue el día que se dio cuenta de cuál iba a ser por siempre el negocio familiar. Es natural que pensara que la guerra iba a durar para siempre, pues él mismo sólo vivió años de paz cuando era un crío en Atenas; si los conflictos entre atenienses y espartanos no se prolongaban eternamente, seguro que no tendríamos problemas para encontrar otras guerras. Yo no lo sabía, pero él tenía ya claro que su hijo no iba a trabajar la tierra ni iba a ser herrero, o artesano o ninguna de esas cosas que ocurren en las ciudades. Así como todos esos aprenden su profesión de sus padres, su hijo iba a ser soldado, y de eso iba a cobrar. No había problema con recibir pagas más pequeñas si en lugar de una teníamos dos. Advierto que no fue el único hombre en Mileto que tuvo la misma idea.

Lo digo como si hubiera sido hace mucho, pero lo recuerdo como si estuviera ocurriendo ahora mismo. Si cierro los ojos, logro escuchar su voz.

Me sentaba a esperarlo en el trecho de muro desde donde se ve el camino que sube de los puertos. Lo veo claro como el

agua, ahí viene por el sendero con ese paso bruto y apresurado de siempre. Corro hacia él con alegría, pero ni siquiera me mira, sigue a toda prisa hacia la casa, la capa blanca llena de mugre, ondeando con el viento, la espada a la cintura, la lanza en la espalda, la armadura magullada y el escudo al hombro, protegido por una funda de tela vieja. Todavía huele a sal y a la madera húmeda de su viaje en barco. Voy corriendo a su alrededor; un paso suyo andando a buen ritmo son tres míos corriendo.

Entra en la casa, camina hasta la estancia principal y tira todo al suelo excepto el escudo, que desenfunda con mimo. Está diferente. Se ha gastado mucho en retocar la pintura y pulir la incrustación y el reborde de bronce. Descuelga la espada vieja de su padre que tenemos en una de las paredes y la clava en el suelo; en su lugar coloca el *aspis*, la lechuza de Atenea vigilando nuestro hogar.

Ha de ser un momento importante para él. Se pasa un rato nivelándolo y viendo que esté centrado. Llevo tantos años recibiendo regaños por siquiera acercarme a la espada que, ahora que la tengo clavada junto a los pies, no puedo dejar de observarla. Cuando al fin sale del trance, se percata de mi existencia. Veo que me está mirando y doy dos pasos hacia atrás.

—No, no —dice haciéndome ver que esta vez no voy a recibir una colleja—; venga, cógela.

No me alcanzan las fuerzas. Apenas está clavada en la tierra húmeda, por lo que, en cuanto la toco, se vence por su propio peso y se cae. El golpe del metal me hace saltar hacia atrás, asustado. Se me encogen los hombros porque sé que viene una reprimenda.

—No importa —gruñe—, no importa. Levántala. Venga, cógela.

La palma de mi mano se encuentra con el cuero que recubre el puño y se aferra fuerte. Aun así, es demasiado pesada para mi brazo, y la sostengo poniendo el codo en alto, con la punta de la hoja tocando el suelo.

—Pero, venga, hombre, levántala bien, joder.

Tengo que ayudarme con la otra mano.

—¿Así? ¿Así vas a luchar? —pregunta, y se ríe.

—Pues sí —contesto con ingenuidad, los brazos enclenques temblándome, empezando a reírme con él.

En ese mismo momento entran mi madre y mi tía, las dos jadeando, corriendo a ver si es cierto que padre ha vuelto.

—Alcides, ¿qué crees que haces con eso? —pregunta mi madre en cuanto me ve.

—Está bien —la insta él a callarse, echándole una mirada que no voy a entender hasta unos años más tarde. Le está diciendo, claro, que este intento de vivir de la tierra dignamente se ha terminado. Desde entonces me va a hablar de guerras y de estrategias, de soldados valientes y de matar, y mi madre no va a presentar objeción alguna—. Pesa, ¿verdad? —me dice a mí, todavía haciendo fuerza para sostenerla en alto en medio de la sala.

—No tanto —digo para intentar no decepcionarlo.

—Puedes tirarla al suelo. No sirve para nada.

No es del todo cierto. En los próximos días me va a construir un muñeco con el que me va a enseñar a usarla, al igual que la lanza. Va a construirme un escudo de madera también, muy similar a los reales que llevan los hoplitas, y va a pasar la mayor parte del tiempo instruyéndome sobre cómo usarlo. En una finca aldeaña a la nuestra vive Nicarco, de mi edad, él también con un escudo como el mío, también hijo de alguien que cree que puede sacar otro salario de su hijo. Y así hay varios más. Nos juntan en el hipódromo para simular unos juegos, obligándonos a competir y a pelear, incluso dándonos comida o dinero si logramos vencer. Es la amenaza de la pobreza la que lanza al mundo una nueva generación de soldados; seguramente, es eso mismo lo que hace que todos estemos muy de acuerdo y muy felices de seguir matándonos en la guerra.

Es justamente Nicarco quien se va a convertir en mi compañero de viajes. Con él voy al Ática un tiempo después y durante algunos años somos parte de un campamento compuesto de cientos de griegos de ciudades del bando ateniense. No nos

pagan una mierda y no nos dejan volver a casa. Nos enseñan a combatir, a marchar y a formar la falange, sí, pero sobre todo nos utilizan para labores físicas cuando escasean los esclavos; no quieren utilizarnos en batalla hasta que no seamos capaces de matar y no morir, nos dicen, aunque sabemos que hacemos esos trabajos porque la economía se desmorona como una montaña de arena. Permanecemos firmes ahí, a pesar de todo, bajo dos promesas: la primera, que algún día seremos hoplitas, lucharemos y recibiremos una paga de verdad; la segunda, que los espartanos, que están mejor entrenados que nosotros —en la *agogé*—, representan un verdadero peligro para nuestra forma de vivir y hay que acabar con ellos o por lo menos resistir sus ataques. Es en esa época que paso un tiempo en Atenas. Ahí, uno de los ciudadanos lanza proclamas en la calle a todo pulmón, y dice algo que ni mi padre ni ninguno de esos campesinos jonios que han decidido hacer de sus hijos soldados es capaz de aceptar: Esparta está ganando esta guerra. Eso ocurre, explica, porque los espartanos han renunciado a su individualidad en favor de su ciudad. «*Son uno solo*». Mientras ellos mueren y matan por lo que creen, dice, los atenienses se hunden en el hedonismo y la lujuria, entre el teatro, las mujeres y el vino. Esa falta de convicción trae consigo un ingenio capaz de concederte algunas victorias, pero lleva a la autodestrucción con una facilidad asombrosa.

El primer invierno que vuelvo a casa me entero de que la paga de los soldados jonios no sólo se ha reducido, sino que ya no existe. La finca está llena de matorrales y hierbajos porque ya no hay sirvientes que la desmalecen, las tierras están sin trabajar y mi madre y mi tía han vendido a la esclava; a los animales directamente se los han comido. Un caldo aguado con unas cuantas verduras y una triste pieza de pan es lo único que tenemos para comer cada día; aprovecho los ratos de buen clima para intentar pescar algo en las calas que hay cerca del puerto y me ofrezco en la ciudad para trabajar en lo que sea, pero no sé hacer nada. No perdemos la esperanza, a pesar de todo, pues a cada soldado se le debe un dinero que Atenas ha

jurado pagar, y la suma de mi padre, que viene de caer derrotado en las Arginusas, es bastante alta. No todos piensan igual, eso se ve con la llegada de la primavera y la llamada a tomar las armas otra vez: la mitad de los hombres ya no acude.

Yo sí. A la semana siguiente me encuentro en un barco con mi padre y Nicarco rumbo a Decelia, para luchar en Egospótamos. Los soldados atenienses, muchos de ellos tan jóvenes como yo, están convencidos de que ahí encontraremos la primera gran victoria que empiece a mejorarlo todo. No es la historia que te interesa oír, así que no voy a entrar en detalles. Diré solamente que todo sale mal. De derrota en derrota, Atenas está obligada a gastar un dinero que ya no tiene. Nos mandan a pelear sin recursos para reponer las armas, o siquiera para alimentarnos bien; las naves están tan mal cuidadas que varias de ellas naufragan de camino a la lucha.

Decir que fuimos derrotados es darnos demasiado mérito. Fuimos aplastados.

No estoy en el mismo batallón que mi padre cuando todo eso pasa. A él lo llevan a sectores más importantes del combate, con hoplitas más experimentados. Nicarco y yo sí permanecemos hombro con hombro, y, por milagro de los dioses, nos las ingeniamos para salir ilesos, a pesar de que nuestras falanges son masacradas. No somos prisioneros exactamente, pero sí nos fuerzan a deponer las armas y los cascos y nos retienen en un islote antes de garantizarnos transporte seguro de vuelta a casa. Somos rehenes en las negociaciones de paz, de las que poco hay que decir: de la mano de ese desastre vienen la quiebra y la caída en desgracia de Atenas y de todos sus aliados, además de, por supuesto, la rendición absoluta. Poco sé de las exigencias de Esparta, aunque imagino que los atenienses las aceptan, pues al cabo de unos meses nos suben a un barco y nos devuelven a Mileto. Se quedan con lanzas, espadas y cascos, pero nos permiten conservar los escudos. Evidentemente no hay paga, y se nos deja muy claro que no la va a haber.

Todo el camino de vuelta voy pensando en mi padre, suponiendo que está muerto en el fondo del mar, hundido por el peso de su propia armadura. Es similar al peso que me ha echado a mí en los hombros. Siempre me creí sus estupideces, las de la Atenas invencible. Y ahora marchó a casa con la mayor de las deshonras, la de la derrota, con los bolsillos vacíos, sin nada que llevarme a la boca, ignorante de cualquier profesión útil y con el escudo como única posesión en el mundo. No sé si llorarlo o maldecir su nombre.

—Ahí está tu padre —dice Nicarco cuando nos acercamos al puerto de Mileto, los dos mirando desde la cubierta del barco. Desembarca de la nave que hemos tenido delante todo ese tiempo.

—¡Nicéforo! —le grita Nicarco—. ¡Nicéforo, aquí!

Es un día tranquilo y puede oírnos. Está hundido de tristeza y vergüenza y apenas nos dirige una mirada indiferente y vencida.

—Está vivo, Alcides —me dice a mí mi amigo cogiéndome de los hombros y sacudiéndome, obligándome a despertar—. ¿No estás contento? Está vivo.

No aguarda a que desembarquemos. Tenemos que ir a paso veloz para darle alcance en el camino que sube hasta las fincas en lo alto de los acantilados. Lleva las barbas largas y desaliñadas y despide una peste que alejaría a cualquiera; probablemente tenga piojos, porque no para de rascarse debajo del mentón.

—¿Ha sido duro? —nos pregunta cuando le alcanzamos el paso. Anda más despacio que de costumbre.

—Duro —responde Nicarco—. Casi todos en nuestra falange..., muertos.

—¿Y después?

—Se han quedado las armas. Nos han hecho esperar unos meses. No nos trataron tan mal. No nos dieron de comer todos los días. Por lo menos siempre había agua con vinagre. ¿Tú?

—Algo parecido.

Conforme nos vamos aproximando, el panorama luce más y más extraño. Las dos fincas están pared con pared, así que caminamos juntos hasta los medios muros, que se ve que han sido reforzados; no sólo eso: los campos han sido sembrados y la maleza arrancada, e incluso hay animales nuevos.

—¿Será la paga? —nos pregunta Nicarco. Su ilusión se desvanece cuando ve salir de su casa a unas personas que no conoce.

En la nuestra trabajan también unos hombres a los que no hemos visto antes.

—¡Eh! —grita mi padre—. ¿Vosotros quiénes sois?

Uno de ellos se levanta del suelo, en donde ha estado trabajando con las hortalizas.

—¡Granjeros! —grita de vuelta—. Los dueños de estas tierras.

—¡Y una mierda! —grita Nicarco—. Los dueños de estas tierras somos nosotros.

—Estas tierras estaban sin trabajar —contesta otro de ellos.

El que parece el jefe se acerca y nos habla con un tono conciliador mientras se quita la tierra de las manos y el sudor de la frente con un pedazo de tela húmeda.

—Es el Consejo de Mileto el que nos ha adjudicado estos terrenos. —Se le nota que tiene un acento extraño. Es griego, pero no es jonio—. Tendréis que arreglarlo con ellos.

—¿Las mujeres? —pregunto—. Las dos mujeres que vivían aquí. ¿Qué ha sido de ellas?

—No sabemos —contesta otro de ellos que se ha aproximado también—. No podemos decirlo con seguridad. Nos dicen que hubo plaga estos últimos meses, que mucha gente enfermó y murió, pero no sabemos nada realmente.

Al oírlo, Nicarco sale corriendo hacia su casa. Regresa jadeando enseguida.

—Lo mismo —dice—. Hay otros ahí. Los míos no están. Plaga, dicen. Plaga.

A buen paso vamos hacia el interior de los muros de Mileto. Nos encontramos ahí con otro par de centenares de soldados

en una situación similar, buscando a alguien que les dé explicación. Nosotros no sabemos nada de esos asuntos, sólo lo que uno de los miembros del consejo tiene a bien contarnos. Dice que no se reúnen excepto por ciertas fechas y según qué ritual, que en ese momento no pueden solucionar nuestro problema. Puras patrañas. Pero ya sabes cómo hablan los políticos. Dice que no es seguro para nosotros ni para los ciudadanos que los soldados estemos dentro de los muros, que lo mejor es que acampemos a las afueras y que esperemos a las decisiones que tome el consejo cuando se reúna. El hijo de puta es como si supiera que no hay mucho que podamos objetar; estamos entrenados y formamos un cuerpo lo suficientemente grande como para poner a toda la ciudad en apuros, pero no tenemos armas.

—Por favor, señores —dice el tipo ese—. Son lo mejor de Mileto. Les aseguro que buscaremos restituir sus casas. Por favor, acampen allí y aguarden.

En cuanto a campamentos, estamos mejor entrenados que nadie. Pronto alzamos uno que luce formidable, a pesar de los pocos hombres que lo forman, unos doscientos más o menos. No estamos por dejar que nos lo arrebaten todo, de modo que comenzamos a reunir madera para construir lanzas y buscamos cualquier objeto que pueda servirnos como armamento. Hay entre los soldados algunos peltastas que son muy diestros con las hondas y a los que también han desposeído de sus casas; si no tenemos espadas, o si las lanzas que estamos haciendo son insuficientes, por lo menos vamos a apedrearlos a todos.

—Quemaremos la puta ciudad si hace falta —exclama uno en una de las reuniones que hacemos por las noches.

—¿Qué crees que ha pasado con madre? —le pregunto yo en voz baja a mi padre, que niega con la cabeza y responde:

—Plaga. Vaya una mentira. Las han tirado desde el acantilado, seguro.

Tenemos la suerte de que, cuando llevamos ya unos días acampados frente a los muros, aparecen dos jefes peloponesios que son de Mileto y que han sido liberados como parte de los

términos de la rendición ateniense. Ambos viven dentro de los muros —o eso creen—, pero se detienen en nuestro campamento antes de entrar. Uno de ellos se llama Pasión; el otro, Sócrates.

—¿Qué tonterías son estas? —pregunta Pasión cuando los soldados nos hemos reunido a su alrededor—. ¿Qué coño estáis haciendo? La deuda es de Atenas, no de Mileto —agrega, ignorante de la situación—. Mileto no os va a pagar.

El más elocuente de nosotros los pone al tanto de la situación. A los dos estrategos les resulta difícil de creer. De pronto se ponen nerviosos, y les entran las prisas por ir a ver cuál es su situación.

—No —dice Sócrates—. No. Debe de ser un error. Un malentendido. Ahora lo aclararemos todo.

Se marchan dándonos grandes promesas; vuelven un rato después llenos de rabia.

—Hay soldados persas protegiendo las puertas —explica Pasión—. No nos han dejado entrar.

—¿Persas? —pregunta uno—. ¿Qué mierda tienen que ver en esto los persas?

—¿Sois imbéciles o qué? ¿No sabéis que estas tierras las dominan los persas? ¿A quién creéis que pagamos tributo?

—A Atenas —titubea uno.

—Pues vaya que sois idiotas. A Atenas servís como soldados a cambio de paga. Pero, con impuestos, Mileto rinde tributo al sátrapa persa que controla estas tierras.

Mi padre, Nicarco y yo nos miramos sorprendidos por la primera noticia que tenemos de ello. Vivíamos realmente una vida que no era nuestra, mantenida por un trabajo que no podía ser eterno y bajo el yugo de unos señores de los que no habíamos oído hablar salvo por lejanas y aburridas lecciones de historia.

—¿Quién os mandó acampar aquí? —pregunta Pasión.

—¡El hombre del consejo!

—El consejo ha dicho a los persas que acampáis aquí porque pensáis tomar la ciudad, que os habéis rebelado.

—¡Qué puta mentira! —grita uno—. Nos han puesto aquí ellos.

—Tisafernes —explica, aunque luego recula y cambia sus palabras, porque sabe que ni siquiera hemos oído ese nombre antes—, el señor de Persia, el sátrapa, ordena que nos retiremos. Que nos vayamos a otro lado.

—¡A dónde coño vamos a ir! ¡Esta es nuestra casa!

—Esperad, esperad. ¡Silencio! —ordena Sócrates para calmar el alboroto. Después se detiene a pensar en lo siguiente que vamos a hacer—. Quizá podamos mandar a un emisario con el sátrapa. Apelar a su buen juicio.

Pasión también tiene muchas dudas sobre el siguiente paso que tomar. Ambos están en la edad perfecta, más experimentados que los soldados de mi edad, pero más jóvenes que veteranos como mi padre. El blanco de sus barbas es escaso, y se les nota que son hombres educados. Al principio no sabemos si podemos confiar en ellos, si realmente son un soldado más o si nos traicionarán a cambio de recuperar sus hogares.

—¿Cuántos soldados persas crees que hay ahí dentro? —pregunta Pasión.

—No lo sé. Unos cincuenta. ¿Cien? Pero están armados. Creo que he visto arqueros —responde Sócrates.

—¡Bien! —grita Pasión para que todos lo oigamos—. Lo bueno es que contamos con los escudos. Podemos formar una falange bien hecha. Sigamos construyendo lanzas. Quizá no sean suficiente, pero nos servirán si la situación se vuelve desesperada.

—¿Luchar? Sería un suicidio —replica Sócrates.

—Puede que sea nuestra única alternativa si no conseguimos hablar con Tisafernes.

—¿Cómo luce un soldado persa? —le susurro a mi padre. Nicarco escucha la pregunta y se encoge de hombros.

—No lo sé. No lo sé —contesta.

Obtengo una respuesta muy pronto, ya que dos días después se presentan cuatro hombrecillos de piel morena, armados y equipados para la guerra. Sus escudos son más pequeños

y ligeros que los nuestros, no llevan lanza, sólo una espada pequeña en la cintura; su cuerpo entero está cubierto por una malla metálica que les va desde las muñecas hasta los tobillos y que les protege el cuello. Encima usan una armadura hecha de piel y sus cascos no les cubren la cara ni las orejas, sólo la parte alta de la cabeza. Los cuatro se han quitado las barbas, lo que, junto con su pequeño tamaño, los hace parecer niños.

Su griego es una mierda, pero se hacen entender. Casualmente, no vienen de parte del sátrapa, sino de un príncipe de Persia que de momento no entiendo qué papel desempeña en todo este tinglado. Ciro, se llama, y quiere deponer al tal Tisafernes no sé muy bien por qué, y nos pide que luchemos de su parte. Como muestra de buena fe, nos entregarán armas y armaduras, no las que usan esos tipos ridículos con sus mallas metálicas, sino las que estamos acostumbrados a usar, las que portan los hoplitas. Dicen, además, que nos darán cuatro barcos para que podamos bloquear el puerto y arqueros para que podamos asediar la ciudad y recuperar lo que es nuestro.

Ponen una tienda a unos pasos de nuestro campamento y nos piden que lo consideremos, que necesitan una respuesta lo antes posible. Pasamos toda la noche discutiendo. Es posible que Pasión y Sócrates estén mucho más instruidos que nosotros para toda esta politiquería, pero somos los soldados los que vamos a morir y matar si finalmente accedemos a luchar. De tal manera que ambos estrategos nos dejan discutirlo y votar. Cuando amanece, es casi unánime: luchamos.

Los hombrecillos se alegran de escucharlo. Uno de ellos se marcha y a mediodía regresa con las cuatro naves, en formación fuera de la bahía, bloqueando la llegada de los barcos mercantes. Un grupo de sirvientes, unas treinta personas, aparece cargando grandes baúles en los que está todo el equipo necesario para vestir a un hoplita. Todo aquel a quien le falta casco, o espinilleras, o peto, o protectores de antebrazo consigue equiparse. En el último baúl, enrolladas con largas tiras de tela, están las espadas; momentos después nos traen las lanzas. Ahora sí somos un ejército, uno pequeñito, pero digno.

Establecemos posiciones y Mileto queda así aislada por tierra y por mar.

Es el consejo de sabios el que nos insta a deponer las armas y negociar de buena fe. Nos acusa de traición y de falta de patriotismo. Con la ayuda de los persas, empezamos a comer y a dormir mejor. Toda la sinceridad que esos políticos podían mostrarnos quedó embarrada en el fango. Les contestamos que exigimos su rendición inmediata y la restitución de todas nuestras tierras, además de una paga por cada día que hemos tenido que acampar frente a los muros.

Cuando creemos que el viento sopla a nuestro favor y que pronto volveremos a nuestras casas, la situación naufraga. Se presenta un emisario persa que nos comunica que Tisafernes ha ejecutado en la plaza a todo el Consejo de Mileto por sospechar que conspiraban contra él. Nos amenaza. Nos exige que entreguemos las armas y nos retiremos o dejará caer sobre nosotros toda la fuerza del Imperio y correremos la misma suerte que los oligarcas jonios. Tenemos dos días para hacerlo, nos dice.

Los ánimos se vienen abajo. Para nosotros, los persas son leyendas y mitos e historias de ejércitos infinitos. Incluso si con esos pocos hombres podemos tomar la ciudad, ¿cuánto vamos a resistir? ¿Cuánto tardará en llegar el ejército persa que nos haga volver a como estamos ahora, o peor, que nos mate a todos?

Los emisarios de Ciro sugieren una alternativa: ya que quien nos ha expulsado es un sátrapa y Ciro es un príncipe, ¿por qué no apoyarlo en la campaña para deshacerse de él? Sugieren que nos unamos al grueso de su ejército y marchemos hacia el interior de Asia Menor, a la ciudad desde donde Tisafernes ejerce su satrapía. Acabemos definitivamente con el problema quitándolo a él, sugieren.

Es un escándalo. Luchar con los recursos que nos ofrecen está bien. ¿Pero unirse a un ejército persa? Es indigno. Y si hay algo que se pueda llamar traición, es eso. Pero entonces los emisarios persas ofrecen algo a lo que ninguno de nosotros puede rehusar:

—Habrá paga —explica Pasión, y equivale a más dracmas de los que nos pagarían en toda una vida al servicio de Atenas. Para probarlo, los hombrecillos nos muestran dos cofres llenos de daricos de oro.

Disipan nuestras últimas dudas asegurándonos que a Ciro ya se han unido otros soldados griegos, que cuando nos juntemos con su ejército nos contaremos por millares.

Mi padre sólo nos está observando a Nicarco y a mí mientras nos equipamos y nos preparamos para partir.

—¿Qué estás haciendo? —le digo mientras recojo las últimas cosas—. Debemos subir a los barcos ya.

—No —dice—. Yo no voy.

—¿Cómo que tú no vas? ¿Cómo que no vas?

—Nicarco —dice—, déjame hablar con mi hijo de hombre a hombre.

—Sí, Nicéforo —dice Nicarco, cogiendo del suelo las últimas de sus cosas y apartándose unos pasos sin atarse una de las sandalias.

—Yo no voy, Alcides —me insiste—. Eres un hombre y no puedo decirte qué hacer y qué no. ¿De qué me ha servido creer en la libertad si ahora voy a ordenarte lo que tienes que hacer? Quieres ir con ellos, ¿no?

—¿Qué otra opción tengo? ¿Qué otra opción tienes tú?

—Sigo siendo ciudadano ateniense, a diferencia de ti. Quizá pueda encontrar a alguien que se acuerde de mí. Tal vez alguien quiera darme un rincón en el mundo. Aquí ya no me queda nada.

—Pues si no te queda nada, ven con nosotros. ¡Ven conmigo!

—No me queda nada, ¿pero luchar con los persas? De niño conocí a hombres valientes que lucharon contra ellos, que los vencieron. ¿Qué voy a decirme a mí mismo si me convierto en uno?

—Es por la paga —apelo a su buen sentido.

—Ya no hay paga que valga eso para un veterano como yo. No tengo nada y no necesito nada. Ya me cansé de luchar. Ade-

más —agrega, y sonrío—, tengo que confesarte algo que no te he dicho desde que vinimos: no veo. No veo nada a más de dos pasos de mí. No podría formar una falange. Ni siquiera pude reconocerte cuando llegué a Mileto. Es todo un manchón de colores.

—Te ayudaré a ocultarlo —afirmo analizando sus ojos—. Te cuidaré en la formación.

Se ríe.

—Sólo me falta ser la causa por la que te maten.

Su decisión me ahoga.

—¿Qué es lo que vas a hacer? —digo al fin.

—Primero, dar sepultura a tu madre y a tu tía. Los dioses saben que no fui un gran esposo. Es lo menos que puedo hacer. Lo siguiente es ir al Ática. Hallar un lugar donde asentarme. Ven a buscarme cuando hayas concluido todo este asunto. Si recuperas nuestras tierras en Mileto, vendré a vivir contigo, lo prometo.

Me pone una mano en la cara para sentir los rasgos que ya no perciben sus ojos. Me da tres cachetes cariñosos y me empuja. Lo veo una última vez de arriba abajo para despedirme de ese viejo cabrón al que a pesar de todo voy a extrañar. Tomo a Nicarco del hombro y tiro de él con prisa para que salgamos corriendo y alcancemos al resto.

Cuatro de los barcos que bloqueaban Mileto son los que nos van a llevar hasta Éfeso. Aquellos acantilados que conozco tan bien se pierden tras la niebla que se levanta con el golpe del oleaje contra la roca caliente. Me juro a mí mismo que volveré y les ruego a los dioses que le den fuerzas a mi padre para esperarme. Se pierde todo en la distancia, y no sé si lo aleja de mi vista el mar o la tristeza.

Es un viaje muy corto a Éfeso. Ahí, en sus costas, nos encontraremos con otras tantas embarcaciones cargando a centenares de hombres que están en una situación parecida a la nuestra. Los dos jefes que viajan con nosotros se repartirán a los soldados, y quedarán unos quinientos a las órdenes de Sócrates y otros trescientos a las de Pasión, entre quienes nos

contamos Nicarco y yo. Ochocientos hombres de las costas jónicas. Nos avisan de que desde ahí comenzará nuestra marcha hacia el interior de Asia. Nos ordenan que pongamos nuestro armamento en orden, que descansemos y nos alimentemos, ya que en un día o dos atracaremos y empezaremos a preparar nuestro camino, a pie, hacia Sardes. Es en esa ciudad donde lucharemos contra Tisafernes.